



# Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Ramón Cilla, Caricatura de NAVARRETE



Correcto y elegante,  
ingenioso, satírico y fecundo,  
es Cilla el dibujante  
que más ha dibujado en este mundo.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Bocadillos, por Manuel del Palacio.—El espejo, por Fernando Soldevilla.—A D. Benito Pérez Galdós, por Sinesio Delgado.—¡Tiene razón!, por Juan Pérez Zúñiga.—Aventura, por Alberto Lozano.—Palique, por Clarín.—Cantares, por Antonio Teixeira.—Instantáneos, por José de Laserna.—Cuento baturo, por Manuel Lassa y Nuño.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Ramón Cilla, caricatura de Navarrete.—¡Tienen madre!, apunte del natural, por Sancha.—Vegetarianos, por Leal da Camara.—Los abrigos, por Cilla.—Pelos... y señales, por Poveda.—¡Que qué osté jueрга!, por Verdugo Landi.—Cabeceras artísticas de Navarrete.



## De Todo un Poco

Desde el sábado en que se publicó mi caricatura en MADRID CÓMICO hasta la fecha, he recibido varias cartas preguntándome si soy tan feo como me ha dibujado el joven artista Sr. Sancha.

Para tranquilidad de las personas que se interesan por mi físico, sin conocerlo, y sienten como cosa propia que la Providencia me haya negado sus dones, les diré que el Sr. Sancha ha exagerado mis defectos.

Soy, sí,—¿por qué no decirlo?—bastante *desgraciado* en punto á belleza; pero no asusto á los niños, ni nadie ha exclamado aún al verme:

—¡Jesús! ¡Qué espanto de hombre!

No es que yo pretenda seducir á nadie ni aspire á figurar entre las personas de rostro agraciado; pero tampoco me gusta que los que no me conocen personalmente, crean que tengo la cara como el inolvidable Ramón Rosell cuando representaba el graciosísimo juguete cómico de Burgos, *El novio de Doña Inés*.

Todos tenemos nuestro correspondiente amor propio, y á nadie le gusta que le exageren las imperfecciones. A mi no me hace gracia maldita que salga el periódico á la calle y al verle griten las señoras: —¡Horror! ¡Qué feo es Taboada!

\*  
\* \*

Conste, pues, que el artista ha abultado sin piedad mis defectos, dibujando una caricatura muy graciosa, eso sí, muy bien ejecutada, pero mortificante para quien, como yo, tiene amigos que le admiten en sus casas sin recelo alguno, é hijos que le respetan y que al ver ahora á su padre convertido en monstruo horrible, no osan decir públicamente que aquel adefesio es el autor de sus días.

A los lectores de fuera de Madrid, que no me han visto nunca, debo decirles, sin que esto sea inmodestia:

1.º Que Sancha, como buen caricaturista, ha sacado de quicio mis facciones, hasta el punto de convertirme en un adefesio.

2.º Que no me las doy de hermoso; pero entre las jóvenes que me tratan, muchas han dicho que soy muy simpático.

3.º Que no uso ninguna clase de afeites, para disimular mi fealdad nativa.

Y 4.º Que tengo muy buen corazón.

\*  
\* \*

Hay feos que buscan la defensa en la peluquería, afeitándose á diario, dándose pomada húngara en el bigote y recortándose los pelos de las orejas.

Los hay que usan velutina para el cutis, como las señoras, y se tienen los labios y se pintan las cejas.

No hablemos ya de los que se someten al *masage* de la nariz, para aflarla, si es roma, ó para comprimirla, si es protuberante.

Hay ahora una pomada maravillosa para dar morbidez á las mejillas, suprimiendo las arrugas de ambos lados de la nariz y embelleciendo la barba. El que tiene la boca grande, puede lograr su reducción por medio de unas embrocaciones de alumbre, clara de huevo y caparrosa, todo mezclado; y después de unos cuantos días de uso externo, resulta que en vez de boca posee un piñón.

Hoy, los pocos feos que vamos quedando, lo somos porque nos da la gana. La industria moderna ha inventado una porción de cosas á cual más eficaces para el hermoseamiento de los rostros.

Tengo yo un amigo que nació horroroso y en mi pueblo le llamábamos el «Tiburón ingenuo». El pobre no podía besar á los niños, porque se les torcían los ojos, y á algunos les daban accidentes. Las señoritas de la localidad, en cuanto le veían, lanzaban gritos horribles, temiendo que al tiburón se le ocurriese la malhadada idea de casarse con alguna.

Pues bien; después de muchos años de fealdad horripilante, mi amigo se fué á París á conocer á una tía suya, que habia puesto una casa de huéspedes en el faubourg Montmartre, y la tía le dió unos polvos para la belleza, merced á los cuales el tiburón quedó convertido en una especie de Niño Jesús, con ricillos rubios.

Al regresar al pueblo, nadie podía sospechar que aquel angelote colorado y fresco pudiera ser el monstruo espantable de todos conocido, y la gente le preguntaba:

—¿Es á usted ó á la Divina Pastora á quien tenemos el gusto de hablar?

Por eso digo que yo soy feo, por no molestarme en buscar cualquiera de los mil recursos que hoy posee la ciencia.

Pero de todos modos, conste, que aunque feo, no lo soy tanto como *resultado* en la caricatura de Sancha.

Y ustedes dispensen que me alabe solo, ya que no ha salido en mi defensa ninguno de mis compañeros de redacción.

LUIS TABOADA



## Bocadillos.

Entre cazadores:

—Yo recuerdo haber matado de un tiro treinta y ocho gorriones.

—Tiraría usted con fusil de aguja.

—¿Por qué?

—Porque debieron morir enhebrados.

El que por enemistad, codicia ú otra causa, desea la muerte de su prójimo, ya que no el premio del asesino, merecía tener la aproximación.

De soñar tengo costumbre, y soñé dos noches hace que oculto en mi casa habia un tesoro incalculable: que llenaba el Océano los cauces del Manzanares, y que al olor del tesoro se acercaban muchas naves... conocí que eran inglesas y me desperté al instante.

Parecía imposible que después del telégrafo sin hilos pudiera inventarse nada más útil.

Pero era porque se ignoraba que un amigo mío, cesante de Ultramar, ha inventado el cocido sin garbanzos.

MANUEL DEL PALACIO



## El espejo.

Partió Juan para la China, y marchóse enamorado de Juana, que era un dechado de perfecciones; divina.

Con esto, no hay que decir si Juan marcharía triste; casi, el pobre, no resiste el tormento de partir.

—No es la pena de marchar,

—dice,—mi mayor tormento.

—¿Pues qué sientes?

—Sólo siento

que me llegues á olvidar.

—¿Yo olvidarte? ¡Qué ilusión!

—Bien lo temo.

—Eres un niño.

—siempre, siempre, tu cariño,

vivirá en mi corazón.

—¿Y la prueba?

—La tendrás.

—¿Serás firme?

—Hasta la muerte.

—Mas... ¡sin la dicha de verte tanto tiempo!...

—Me verás.

—¿Qué te veré?

—Es un secreto.

De mi padre un ascendiente,

trajo, hace siglos, de Oriente

un riquísimo amuleto;

un espejo exacto y fiel.

Mis acciones retratadas

verán en él tus miradas

siempre que acudas á él.

Toma, y llévale contigo

mientras dure nuestra ausencia,

que él te dará la evidencia

del amor que por tí abrigo.

Partió Juan, y, alborozado,

no bien de Madrid salió,

el espejo consultó,

por la duda atormentado.

Y al contemplar á su dama

rojos de llorar los ojos,

dijo, entre dichas y enojos:

—¡Qué hermosa! y ¡cuánto me ama!

Rodó el trén; y en la estación

próxima, volvió á mirar

al espejo y á exclamar:

—¡Prenda de mi corazón!

Y así pasaron los días;

y Juan, mirando el espejo,

hallaba en cada reflejo

nuevos gozes y alegrías;

pues Juana, pensando en él,

por él seguía sufriendo,

y por consiguiente, siendo

á su amor constante y fiel.

Por este motivo, aun cuando

la vió una noche en el Real,

exclamó:—¡Es muy natural!

No ha de estar siempre llorando.

Y aun la creyó un querubín,

un día en que vió á la hermosa

buscando en un mapa, ansiosa,

hacia donde cae Pekín.

Mas no quedó tan ufano

cuando vió en su confidente,

que Juana, tranquilamente

tocaba un wals, al piano;

y que con creciente afán

y mucha galantería,

las páginas le volvía

un apuesto capitán.

Comenzaron sus desvelos,

y miró con más frecuencia

al espejo; la evidencia

buscando para sus celos.

Y otro día, por su mal,

la vió ¡y cuán hermosa estaba!

que, con el otro cruzaba

la pradera del Canal.

De ira y de celos rugió;

mas luego dijo:—¡Impostura!

si pensaba ser perjura,

¿por qué este espejo me dió?

Pero al mirar otra vez,

en lo espeso del Retiro

la vió, lanzando un suspiro,

roja de rubor la tez.

Aún en su amoroso afán,

tal desgracia no creía;

que tan buena fe tenia

en esto de amores, Juan.

Mas, por fin, una mañana,

miró; frunció el entrecejo,

y arrojó de sí el espejo.

¿Qué estaría haciendo Juana?

FERNANDO SOLDEVILLA

## A D. Benito Pérez Galdós

Donde se hallará.

Escritor insigne: De un tirón, como todas sus obras, acabo de leer *La Estafeta romántica*, sexto tomo de la tercera serie de los EPISODIOS NACIONALES.

Ni usted necesita mis elogios, ni yo tengo suficiente autoridad para que sean de agradecer; pero, con todo y con eso, no quiero que se me quede dentro lo que tengo que decirle.

Y ello es que cada día crecen mi asombro y mi admiración ante su fecundidad prodigiosa, ante esa intuición casi divina con que usted ve las cosas y los hechos pasados, y la claridad y el vigor con que los resucita, anima y pone delante de los ojos.

La *Estafeta* es una maravilla. No parece sino que usted ha querido crearse un obstáculo, insuperable para los demás nacidos, por el gusto de salvarle sin esfuerzo.

Hacer en cuarenta cartas una novela interesantísima, modelo de pintura de costumbres y caracteres, es empresa que sólo usted es capaz de llevar a feliz término.

Vayan mucho con Dios las Colonias, derrúmbese y aniquílese España, hágase pedazos la bandera en manos de los separatistas cobardes é imbéciles... ¡la patria palpitará eternamente, indivisible y una, en esos hermosos libros de usted, monumento impecedero levantado a la literatura nacional!

Pero ¡por Dios y por la Virgen! D. Benito de mi alma, es preciso, es absolutamente necesario que usted remate el monumento para que este maldito siglo de decadencia y de desastres se convierta, por obra y gracia del genio poderoso, en la época más brillante de la historia patria, para que los colores amarillo y rojo de nuestra bandera, manchados por los piratas y borrados por los ladrones, recorran triunfantes el mundo, limpios y deslumbradores en las cubiertas de los *Episodios*.

No sueñe usted en dar por terminada su tarea en la tercera serie. Cuando ésta se concluya no habrá usted hecho más que la mitad de la labor. Tiene usted, por fuerza, que retratar todo este siglo. Le faltarán, pues, dos series de á diez tomos cada una.

Los *Episodios Nacionales* deben constar de cincuenta tomos por lo menos. Y hay que pintar en los que quedan las asonadas y motines que precedieron á la revolución transcendental del 68, y la segunda guerra civil, y la restauración, y la nueva invasión de monjas y frailes, y la evolución de las ideas en España, y la decadencia y el aniquilamiento de las fuerzas sociales, para acabar con la pérdida bochornosa de nuestro imperio colonial y estos intentos ridículos de regeneración en que cada *quisque* arrima el áscua á su sardina.

Es preciso que deje usted este siglo vivo y coleando para que le admiren ó le desprecien las generaciones venideras. Aún es usted joven afortunadamente, tiempo y alientos le quedan de sobra... ¡Animo, pues, y á la brecha, señor D. Benito!

No haga usted caso de los que le digan que viviendo aún la mayoría de los personajes que han intervenido en los sucesos que usted debe relatar, la empresa es imposible. Para usted no hay imposibles, Sr. Galdós. Si vivieran Fernando VII, Zumalacárregui, Mendizábal, Espartero y Cabrera, tendrían que dar á usted las gracias por haberlos hecho inmortales.

Y conste que esto no es una súplica, es una orden. La nación tiene el derecho de que usted la sirva, borrando sus desdichas con la gloria inmarcesible y eterna de sus libros.

No se lo pido á usted; se lo mando.

Sí, señor; se lo manda un español, el único tal vez, que sigue poniendo á su patria sobre las niñas de sus ojos, y cree todavía que no hay soldados más valientes y sufridos que los españoles, ni mujeres como las de esta tierra, ni cosa más despreciable que conquistar territorios para robar minas y cultivar azúcar, ni seres más asquerosos que los que reniegan del propio hogar y escupen sobre las cenizas de sus abuelos.

Cumpla el mandato y disponga como quiera de su humilde servidor, q. b. s. m.,

SINESIO DELGADO

—i— *Los golfos*, Apunte del natural por SANCHA —i—



¡TIENEN MADRE!

## ¡Tiene razón!

Anoche con Asunción,  
que entró á mi servicio ayer,  
seguí la conversación  
que pueden ustedes ver  
escrita á continuación.

—Asunción.  
—¡Señorito!  
—¿Estás dormida?  
—No.  
—Pues hazme un favor.  
Si han echado el periódico, en seguida  
tráemele al comedor.  
—Aquí está.  
—Pues no altero mi costumbre:  
me lo vas á leer...  
¿Cómo es eso? ¿Te causa pesadumbre  
lo que te mando hacer?  
Vamos, vamos, empieza... ¿Qué te pasa?  
—¡Qué apuro, santo Dios!  
Si digo que no sé, pierdo la casa  
¡y como ésta no hay dos!  
—Anda, pues; quiero ver si es muy crüenta  
la guerra del Transwaal,  
y también quiero ver si el precio aumenta  
del trigo y de la cal.  
Quiero ver si aún la gente en Barcelona  
promueve agitación;  
quiero ver si en Oporto no hay persona  
que no tenga un bubón.  
Quiero ver si mañana el Padre Cieza  
predica en San Fermín;  
y si van á estrenar alguna pieza  
Palacios y Perrin.  
Quiero ver qué sin fin de economías  
Silvela va á implantar

y si aún piensa el Lozoya estar más días  
dando agua de fregar.  
Quiero ver si Gamazo, allá en el Norte  
mueve el brazo mejor  
y si vuelve á tener la villa y corte  
salones de color.  
Quiero ver si ha ocurrido algún siniestro  
marítimo... en el mar,  
ó si ha sido enganchado cualquier diestro  
por la región lumbar,  
ó si ha habido algún ser á quien deslomen,  
ó algún incendio atroz,  
ó alguna de esas madres que se comen  
los hijos con arroz;  
y hasta me has de leer en cuanto puedas,  
los anuncios sin fin  
de difuntos, nodrizas, almonedas  
y piezas *con ó sin*.  
Empáparme en noticias necesito  
y á la vez dormir.  
¿Pero qué haces callada?  
—Señorito...  
¡Me va usté á perdonar!  
Cuando traigan algún periodichuco,  
con él le haré á usté yo...  
cualquier cosa... un bonete... un cucurucho...  
¿Pero leerle? ¡No!  
—¿Y si yo te lo mando?  
—Le repito  
que eso no puede ser.  
—¿Y por qué no es posible?  
—¡Ay, señorito...  
porque no sé leer!  
Mi padre que, aunque zafio, vivió siendo  
profeta de afición,  
me dijo: —«¡No, no aprendas, que leyendo  
se pierde la razón!»  
—Dices bien, Asunción, tú no deliras.  
¿Qué es lo que hay que leer?  
¿Disparates, horrores ó mentiras?...  
¡Más vale no saber!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

## Aventura.

Pasaba por la calle de Preciados  
una mujer preciosa  
cogiéndose detrás un pellizquito,  
como hacen casi todas.  
El traje, así ceñido, delataba  
sus virginales formas,  
¡contornos admirables de una Venus  
fornada de cretona!  
Yo, me paré al pasar, dije á su oído  
no sé qué *chirigota*.  
Ella, se sonrió, como sonríen  
las bellas (con la boca).  
... Luego, loco de amor, seguí sus pasos  
hasta el barrio de Pozas!

En una casa penetró. Al portero,  
excelente persona,  
conseguí sobornar con tres pesetas  
y cuatro perras gordas.  
Aquel gallego, con su acento idem,  
hablóme en esta forma:  
—A esa mujer la trato yo bastante;  
va tan elegantona  
que muchos la confunden. ¡Pobrecitos!  
—Pero ¿quién es?

—Mi esposa;  
¿qué deseaba usted?  
... —¡Mis tres pesetas  
y cuatro perras gordas!

Mucho cuidado con hacer el oso,  
por que en Madrid engañan á la osa:  
¡El hábito, es verdad, que no hace al monje  
pero hace mucho menos á la monja!

ALBERTO LOZANO

## Los vegetarianos, por LEAL DA CAMARA



—¿Cubiertos de á duro?  
—No;  
comeremos á la carta.  
Espárragos. —No los hay.  
—¿Pues qué tiene usted?  
—¿Yo? Magras.

# Palique.

*El Nacional*, con una franca nobleza que le hace muy simpático, reniega de Weyler, que ha pasado el Rubicón-Abroñigal... para entrar en la Dirección de la Junta Consultiva de Guerra.

En poco tiempo, tenemos que lamentar dos tristes desengaños... del vecino.

¡Polavieja y Weyler!

Muchos veían en ellos dos hombres que podían *ponerse á la cabeza...* y ahora se ve que sólo sirven para *ponerse en los pies*.

Porque son dos babuchas.

Muchos pensaban que Weyler decía como el otro: «Ó César, ó nada.»

Y no dijo eso, sino esto otro: «Ó César, ó director de algo.»

Pero todavía hay fanáticos que no se rinden á la evidencia.

Uno de estos *balerianatos* del día siguiente... de la Consultiva, exclamaba:

—¡Eso es una estratagema del general! ¡Esa Dirección es el caballo de Troya! Así entra en la plaza.

Acepta un destino modesto, para levantarse después con el santo y la limosna. (Será con el santo...)

Además, no por haber aceptado lo de la Junta Consultiva, deja de ser enemigo del Gobierno.

«Del enemigo el consejo.»

¡Weyler será el cocodrilo de Silvela!

«El general, además, está rico por su casa, no necesita...»

Cariños que matan.

No; desengañémonos: ¡Pobre España!

Nos hemos perdido sin dictador...

Así como así, apenas había á quien dictar; porque la inmensa mayoría de los españoles no saben escribir.

Y no lo digo por D. Ramiro de Maeztu, que escribe con corrección y propiedad.

De lo que no sabe el Sr. Maeztu es de cuentas.

Porque dice: «Exceptuemos *dos ó tres* nombres, por ejemplo: los de Valera, Dicenta, Galdós y Pereda...»

Que son cuatro. ¿Conque cuatro son *ejemplo* de dos ó tres?

Ya ve usted que esto no es crítica de palabras; es de números.

Para molestarme, el Sr. Maeztu dice que escribo cosas dignas de Arniches.

¡Ya quisiera yo escribir con la sal y salero que hay en muchas obras teatrales de Arniches!

El Sr. Maeztu tiene por *golfaría* literaria á estos señores: Felipe Pérez, Lezama, Eduardo de Palacio, Arniches, Celso Lucio, Miguel Echegaray, Zúñiga, Aza, R. Carrión, S. Delgado, Luceño, López Silva, Taboada, Shaw, Gil, E. Blasco, Sierra, Romea, Sellés.

Si esos son golfos, el Sr. Maeztu tiene que contentarse con ser una gota de agua.

A pesar de todo, Maeztu es bien intencionado. Cree de buena fe (la que él me niega á mí) que MADRID CÓMICO viene á estorbar la regeneración, porque *se viene* con chistes y chirigotas.

Maeztu no entiende de bromas.

Es un espíritu eminentemente serio y no sé si agrícola.

Pero háme dado en la nariz que pertenece al neo-romanticismo hidráulico.

Hasta en el estilo es Maeztu muy *Maeztu... oso*.  
Se me figura que es de esos que en vez de tararear, al ponerse los calcetines, v. gr., lo de *Calatorao*, tararean la marcha real.  
Dice también Maeztu que yo no he querido ó no he sabido hacer lo que Ixart ó Gener. Ixart hacía cosas muy buenas

¿Pero hacer lo que Gener?  
¡Dios me libre de ese hacer!

Gener, si habla usted de don Pompeyo, es un tontiloco adulterado por la lectura, como dijo el otro.

En lo que hace muy mal Maeztu es en dar por sentado que yo quiero mortificar á Benavente.

Benavente es, y ha sido y será para mí, uno de los escritores *nuevos* de más talento. Artista de verdad, de expresión felicísima, de

## Los abrigos, por CILLA



Abrigo con honores de americana, es lo más elegante, para mañana.



Yo no soy presumido, pero sé que ahora se llevan, otra vez, los abrigos largos, y ¡qué demonio! á nadie le desagrada ir bien.



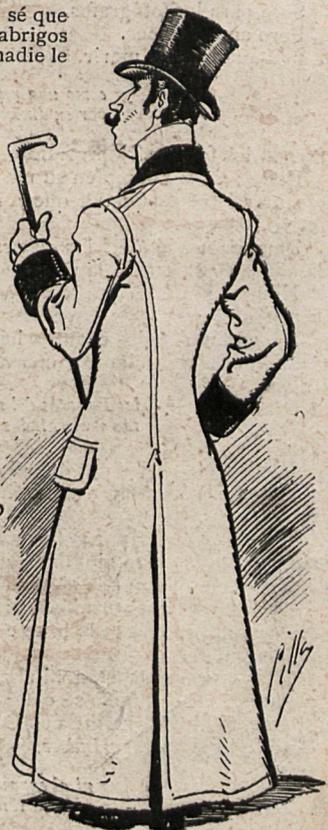
Abrigo geométrico.



Yo me subo el cuello de la americana, y ya estoy despachado para toda la temporada.



Cuando sale de paseo Pepita con su esclavina, me parece una figura de vidriera bizantina.



Como el gabán cochero largo y cumplido, nada creo que exista tan distinguido.